

Ademas, no hay virtudes ó méritos superiores, no hay genio alguno científico de que no presente brillantes testimonios la historia cronológica de los papas.

Nace la Iglesia, y no se ven grandes hombres mas que en los pontífices, en los cabezas de órdenes, en los misioneros, en los obispos, en los padres, en los doctores y en los fieles de la Iglesia á cuyo solo favor es posible saber hoy los nombres y las obras de un corto número de filósofos ó de soberanos disidentes.

Los pontífices aparecen los primeros, y no se puede negar, exclusivamente¹, todos llenos de ta-

sivamente militar, jurisconsulto, casado, padre de familia, viudo, secretario del rey de Francia, cura, canónigo, arcediano de Puy-en-Velay, obispo de esta ciudad, arzobispo de Narbona, cardenal de Santa-Sabina (diciembre de 1264), legado en Inglaterra, y en fin papa, bajo el nombre de Clemente IV, fué felicitado con motivo de su eleccion por todos los príncipes cristianos y especialmente por el rey y la reina de Navarra. Muchos fueron entonces los que solicitaron en matrimonio á sus hijas, pero el discreto pontífice respondió á aquellas interesadas proposiciones: — ¡No son hijas de Clemente IV, sino de Gui Fulcodi! »

« Este pontífice murió el 29 de noviembre de 1268, en Viterbo, con la reputacion de un papa dotado de la mas alta sabiduría. Varios historiadores han lavado su memoria del cargo de haber contribuido á la sentencia de Coradino. » (*Historia de S. Luis*, por el marqués de Villeneuve-Trans).

¹ « Los primeros tiempos del soberano pontificado, dice Juan de Muller en su *Historia del linage humano*, son tan poco conocidos como los de la república. Vemos trece pontífices, como nuevos Decios, sacrificarse por la fe; vemos su beneficencia, su devocion, la gravedad de sus costumbres. Un magestuoso roble, bajo el cual

lento, de virtudes y de gloria, en el seno de la decadencia universal.

Citaremos apenas, *para memoria*, los treinta y tres papas mártires y los treinta y seis que la voz europea canonizó antes que la Iglesia, y no nos prevaleceremos verdaderamente mas que de los pontífices profanos ó políticos:

San Leon, contemporáneo de Meroveo, obligando, con solo el prestigio de su presencia, al feroz Atila á detenerse en su marcha anti-cristiana, y libertando, con sus súplicas, la capital del nuevo mundo de las teas de Genserico:

San Gregorio el grande, cuyos abuelos eran pontífices y que tuvo tres tias santas, creador de la interpretacion moral de los libros santos y, ademas, de la armonia á que debimos mas adelante la de Allegri, Scarlati y Mozart: el primero que se llamó y se hizo el *Siervo de los siervos* de Dios y á cuya voz cesaba el cólera de repente en Roma: — Adriano, defendido, dotado y llorado por Carlomagno, despues de un reinado único de veinticuatro años: — Silvestre II, francés de origen, que bajo el nombre de Gerbert, publicó la primera aritmética occidental y organizó las ciencias seiscientos años antes que Bacon.

irán á reposar todos los pueblos del occidente, se alza delante de nosotros, y va á esconder su copa en los cielos: sus raíces penetran tan profundamente en la tierra que nuestros ojos no pueden seguirla. »

Con este grande hombre eclesiástico acaba el primer milenario cristiano : con otro hombre del mismo temple empieza el segundo : — Gregorio VII , á quien la ignorancia y la ingratitud han presentado algunas veces como un tirano, y á quien aun los mas célebres protestantes⁵ han defendido como al tutor nato de los reyes ambiciosos y batalladores⁵, y al verdadero Salvador de todas las libertades europeas. Hijo de un carpintero, como su divino maestro, llegó á ser el árbitro, es decir, el padre de los tiranos de su siglo, y realizó aquellas palabras del salmista

¹ El mismo Juan de Muller, el mas grande historiador de la Alemania, juzga de este modo á aquel grande hombre en sus *Viages de los papas* (última edicion, Aquisgran, 1854) : « Gregorio VII reúne la grandeza de un heroe, la habilidad de un senador y el celo de un profeta á la mas estrecha austeridad de costumbres. Él es el fundador de la gerarquía y de la libertad del imperio. Él reunió al clero disperso en todos los paises, con un vínculo comun ; él levantó del polvo á una alta é inviolable dignidad á muchos millares de hombres que no poseian ningun derecho, salvo el de la palabra. Hizo mas leve el yugo que los Francos habian impuesto á las provincias alemanas : quebrantó el poder que se funda sobre la fuerza hereditaria de las armas, fuerza que parece irresistible, valiéndose de otro poder que tiene su base en la fuerza y el valor del espíritu.... »

² He aquí un hecho entre mil : « En virtud de un uso antiguamente establecido, cuando habia guerra entre Inglaterra y Francia, los naturales de los dos paises no debian insultarse, ni batirse en cuanto alcanza la vista por mar desde las islas, pero á veces la codicia y el rencor violaban este uso. A instancias de Eduardo IV, que no vió otro medio de remediar el mal, Gregorio VII, en el décimo año de su reinado, espidió una bula que escomulgaba *ipso facto* á los infractores. »

que se dice que escribió con pedazos de madera en el taller de su padre : *Dominabitur á mari usque ad mare.*

Pronto á Gregorio VII, siguió Inocencio III, autor de un sublime tratado del *Desprecio del mundo*¹, é institutor de las dos órdenes religiosas que, con la de los jesuitas, honraron mas á la Iglesia y á la humanidad, los dominicos y los franciscanos.

Luego Alejandro III, de generosa memoria, á quien el mismo Voltaire considera como el *libertador de la Italia* contra las pretensiones (*ultramontanas*) del emperador Barbarroja, y por rebote, como el libertador de los esclavos del térruño, un siglo antes que San Luis.

Sigue Inocencio IV, apellidado el *padre del derecho*, como Gregorio lo habia sido de la moral. La Francia le acogió, perseguido por el tirano Federico II.

Cuando reinaban Constantino paleólogo en Constantinopla, y Carlos VII en Francia, con tan poco honor, un papa, Nicolao, célebre por su política pacificadora, hizo florecer las ciencias, las letras y las artes, dió asilo á los sabios fugitivos de los bárbaros de Constantinopla, é hizo de Roma una academia, mucho tiempo antes de que los Medicis hiciesen una de Florencia.

¹ Este papa es tambien el autor de la prosa poética del *Stabat* que Corneille llamaba *la obra maestra de los poemas épicos*, y que proporcionó á otro arte la obra maestra de Pergolese.

Julio II, que así sabía fulminar los rayos del Vaticano como mandar ejércitos, que tenía, en el más alto grado, el arte europeo de restablecer, con la Navarra, el equilibrio entre la Francia y la España, y que espiaba su doble habilidad diplomática y militar (bastante justificada por la insolencia de nuestro buen Luis XII¹), ideando y construyendo el templo más bello que han erigido nunca los hombres al Eterno.

Un papa puso en combustión la Italia: otro papa la pacificó y la embelleció; este papa fué Leon X, que dió su nombre á su siglo, mejor que Augusto y antes que Luis XIV.

Mucha fuerza de alma debía tener aquel Adriano de Utrecht, que empezando por ser un pobre tejedor, llegó á ser el comentador del *Libro de las sentencias*, primer ministro de España, y papa.

Siempre las necesidades del mundo son la medida de la nueva grandeza romana. Los pontífices se suceden, cada vez más capaces, cuando se manifiestan el espíritu falsamente reformador y el espíritu conquistador: los tres Paulos, fundadores de órdenes nuevas, y verdaderos reformadores de los abusos eclesiásticos: — Pio V, vencedor de los dos implacables enemigos de la cristiandad, los Turcos y los protestantes, héroe de Lepanto y ejecutor del concilio de Trento: — Gregorio XIII, reformador

¹ Aquel rey tan bonachón hizo acuñar moneda con este lema en el reverso: *Perdam Babylonis nomen.*

del calendario, base de la historia antigua y moderna, y padre del derecho canónico, como otros papas lo habían sido de la moral y del derecho civil: — Sixto Quinto, en fin, que de pastor en los campos de Ancona, llegó á ser, como rey de Roma, el más grande administrador, y como pontífice, una de las más grandes lumbreras que han edificado jamás al mundo cristiano.

Aun en el siglo XVIII, el famoso Lalande, juez irrevocable en esta ocasión, decía en su *Viage á Italia*:

« Inocencio XIII pasa por haber sido el mejor soberano de este siglo. » — « Benedicto XIII, de quien dijo Voltaire, en la *Enriada*:

« Merecedor de que le erijan templos
« Los Ursinos del día. »

tenía una piedad enteramente monástica » — « Benedicto XIV era suelto en sus palabras, pero de costumbres muy puras y muy regular en su conducta, semejante en esto al célebre cardenal Le Camus, obispo de Grenoble¹. » — « Clemente XIII (á quien Duclos llama *un santo*), electo en 1758,

¹ Lalande que no quería más que justificar á este papa, no le alaba en proporción de su mérito: Benedicto XIV, á quien Isabel la Grande, de Rusia, llamaba *el sabio*, sabía á fondo la historia civil y eclesiástica, los derechos civil y canónico, la liturgia y la teología, ciencias sobre las cuales publicó obras clásicas. Voltaire aspiró al honor de dedicarle su *Mahoma*.

era de un caracter en que nada hubiera hallado que tildar la crítica mas atenta y mas severa : sus costumbres han sido siempre purísimas , su piedad edificante, su dulzura superior á todos los contratiempos : las lágrimas eran el único desahogo que daba á su dolor, cuando llegaban hasta él las desgracias de la Iglesia y del Estado. He admirado, verdaderamente enternecido, su celo, su afan, su vigilancia sobre todo lo que interesaba á este ó aquella, y sobre todo la moderacion ejemplar con que aquel padre comun de los fieles hablaba de lo que menos merecia sus miramientos : la amabilidad con que recibia á los estrangeros revelaba la bondad de su corazon, y las distinciones que prodigaba á aquellos cuyo saber ó cuya reputacion le eran notorios hacian honor á su talento. Su piedad le habia hecho suprimir en Roma, no solo los abusos sino hasta los placeres : los *Festini*, ó asambleas de danzas y diversiones, que se usaban entre la nobleza, las veladas de la plaza Navona y aun el carnaval, todo fué suprimido en 1767.

« Tenia la sangre tan sujeta á la rarefaccion, que su médico le hacia sangrar á cada instante y aun así apenas podia evitar los accidentes. El 19 de agosto de 1765 le creyeron muerto; recomendaronle su alma mientras le estaban sangrando, y se observó con edificacion que *la primera palabra que pronunció al volver en si, fué el nombre de la santa Virgen*. Aprovechó aquellos primeros instantes para llamar á sus sobrinos, á quienes dirigió el discurso

mas afectuoso y patético. Llamó tambien á varios cardenales para recomendarles que no atendiesen en el conclave mas que á reparar, decia, los males que él habia causado á la Iglesia. Disponiase, en fin, á morir del modo mas edificante, pero salió de aquel accidente, y pocos dias despues se restableció del todo. »

El mismo Clemente XIV, que por un momento pareció ser personalmente victima de la filosofia francesa, estaba muy distante de ser un hombre y aun un papa vulgar. Su pontificado es memorable por la abolicion de la compañía de Jesus, que por mucho tiempo negó á las potencias de la tierra y que no concedió, á lo que parece, sino reconociendo su desgracia. « Yo soy, escribió, el padre de los fieles y sobre todo de los religiosos : no puedo destruir una orden célebre, sin tener razones que me justifiquen á los ojos de Dios y de la posteridad. » Cuando instado con mas empeño que nunca, espidió en julio de 1773, el famoso breve de abolicion, hizole preceder de un preámbulo apologético : « Nos hemos convencido de que la orden regular de la compañía de Jesus fué instituida por su *santo fundador* para el *bien de las almas*, para la *conversion de los hereges* y sobre todo de los infieles : en fin para la propagacion y el acrecentamiento de la piedad y de la religion; y que para obtener mas facil y seguramente este fin tan apetecible, se ha consagrado á Dios y sujeta estrechamente con el voto de la pobreza evangélica, en virtud del cual renun-

ciaba á toda propiedad comun ó particular, exceptuando los colegios y casas de estudio, que podian tener las rentas necesarias para su subsistencia, pero con prohibicion de poder emplear esas rentas en utilidad y uso de las casas profesas de la orden. Esta compañía de Jesus, que tiene estas y otras leyes muy santas fué aprobada, primeramente por nuestro predecesor de feliz recordacion, Paulo III, etc. etc. « Tales declaraciones manifestaban que Clemente XIV, que condenaba la orden de su tiempo, no juzgaba ni de la orden primitiva, ni de la orden ulterior, y aun el éxito ha dado ocasion á creer que se arrepintió como hombre de la senténcia que habia dictado como pontífice. ¡ Siempre vivió en lo sucesivo serio y triste, él que tenia un caracter amable y alegre, y murió en el año mismo que siguió á su fallo! Cuando le hablaban de las producciones á la moda contra el cristianismo, solia decir: *Cuantas mas vean salir á luz, mas se convencerán de la necesidad de su existencia.* Observaba « que todos los escritores opuestos á la religion cristiana sabian únicamente abrir una zanja, pero no sabian qué hacer de la tierra que sacaban de ella ni del terreno que dejaban vacante. » — « Ese Voltaire (decia) no atacaba tanto á la religion sino por vengarse de las inquietudes que le causaba; y J. J. Rousseau era un pintor que, no sabiendo nunca hacer las cabezas, era solo escelente en los paños. »

Y en nuestros dias, en fin, cuando parecia agotada la fuerza en la Iglesia romana, al punto apa-

recen dos Papas, Pio VI y Pio VII, para dar á los pueblos y á los reyes un ejemplo mas benéfico que todos los preceptos, el de la dignidad en la desgracia moral, y el de la protesta en la obediencia política.

El primero de estos Papas, que murió precisamente en el último año del siglo XVIII, tuvo el mas largo reinado pontifical que, desde san Pedro hasta nuestros dias, ha sostenido y glorificado la Iglesia romana, cuya inmortalidad recordó proféticamente en la mas grande y oportuna circunstancia. Cuando los Franceses se apoderaron de Roma, le anunciaron que *el pueblo romano habia recuperado su soberania*, y no le reconocia ya por su gefe temporal, y el general Cervoni le presentó la escarapela nacional: « *Yo no conozco otro uniforme para mi*, respondió, *mas que este con que me ha honrado la Iglesia.* Teneis pleno poder sobre mi cuerpo, pero mi alma no está en vuestras manos. No necesito pension ninguna: un cayado y un hábito de sayal bastan al que debe espirar bajo el cilicio y sobre la ceniza. Adoro la mano del Omnipotente que castiga al pastor y al rebaño: podeis incendiar las habitaciones de los vivos y las sepulturas de los muertos; pero la religion es eterna: *existirá despues que murais como existia antes de que nacierais*, y su reinado se perpetuará hasta la consumacion de los siglos. »

El inmediato sucesor de este magnánimo pontífice no lo fué menos, y acaso lo fué mas, — y mereció el dechado histórico de este siglo, su *historia*,

por M. Artaud, y la siguiente alocucion del secretario perpetuo de la Academia francesa¹, que todos cubrieron de aplausos en presencia nuestra: « Le ha parecido (á la Academia) que *uno de los espectáculos eternamente memorables que ha ofrecido nuestro siglo*, mas rico acaso en grandes acontecimientos que en grandes caracteres, es la obstinada lucha del pontífice de Roma contra el dominador de la Europa.

« No se trataba ya en efecto de las ambiciosas pretensiones del poder espiritual sobre los imperios de la tierra; no se trataba siquiera de toda la supremacia pontificia, sino de la libertad religiosa, de la libertad del sacerdote y del hombre: — era la lucha de la conciencia contra la fuerza duplicada del genio; — era, bajo una forma sagrada, el último combate que sostenia la inteligencia contra un poder material sin contrapeso y sin barrera, que no derribaba ó transferia los tronos mas que para subyugar mejor todos los pensamientos y todas las voluntades.

« El hombre que no cedió á aquel prodigioso poder, ó que á lo menos no le cedió sino en limites convenidos, y para resistirle luego con inflexible dulzura, el anciano que, sin soldados, sin defensa, sin oceano y sin desiertos entre la Francia y él, se atrevió á decir *no* al emperador, y opuso las *bulas* de la Iglesia al conquistador que habia rasgado las

¹ M. Villemain. — N. del T.

constituciones de los pueblos, es uno de los mas bellos caracteres que pueden ofrecerse por ejemplo á la humanidad, para fomentar en ella el sentimiento de su propia grandeza y de su libertad moral.

« Este caracter aparece y se sostiene en toda la vida de Pio VII, suave, tímido, indulgente, pero invencible en su paciencia. Pio VII vino á Paris á consagrar al ilustre y feliz guerrero que habia honrado los restos mortales del último pontífice, tratado bien á la Italia conquistada, pacificado á la Francia victoriosa, y restablecido el orden y la religion. Cediendo á la victoria, como á una voluntad visible de Dios, vino á coronar emperador á aquel nuevo Carlo Magno, mas extraordinario que el primero, pues carecia de abuelos; pero el pontífice romano no pasa de ahí, aunque ya la ambicion del conquistador pide mas. De aquel consagrador llamado con tanta pompa, Napoleon hubiera querido hacer únicamente el primer obispo de su imperio: su plan era tomar á Roma para sí, y darle al Papa la catedral de Paris.

« Apenas cesan las solemnidades y los agasajos de la coronación, cuando ya se susurra este proyecto, y se le insinua al pontífice, apremiándole cada vez mas, y dilatando de intento su partida. « Todo está previsto, » responde entonces Pio VII: « antes de salir de nuestra ciudad de Roma, hemos firmado una abdicacion en forma, que será válida desde el momento mismo en que se nos retenga

cautivo. Esa abdicacion está fuera de vuestro poder, al otro lado del mar, en Palermo, confiada á un depositario pronto á publicarla; y, cuando nos hayan notificado lo que se medita contra nosotros, no os quedará entre las manos mas que un miserable fraile, que se llamará Bernabé Chiaramonti.»

« En vista de esta sublime humildad, no insistió el emperador, y el pontífice volvió libre á Roma; pero no le dejará en paz mucho tiempo su inquieto y poderoso neófito. Esta segunda lucha va á durar cuatro años, hasta el momento en que, vencedor en nuevos campos de batalla, rey de Italia, dictador de la Alemania, Napoleon, en virtud de un decreto, reúne á Roma á la Francia, y hace que roben al Papa unos cuantos soldados, la noche misma del dia en que, mas noblemente ocupado, ganaba en persona la batalla de Wagram.

« Aquí acaba el gran cuadro de la vida de Pio VII con su constancia, no ya contra el poder y la seducción, sino contra la desgracia; con su firmeza en el aislamiento y la prision; con su confianza inalterable cuando todo le abandona en la tierra, cuando sus mismos cardenales pasan al lado de Cesar, y cuando no le quedan ya mas defensores declarados delante del conquistador que un modesto consejero de la Universidad, el sabio Eymery, y un miembro del Instituto, el grande artista Canova. Entonces arrastrado en cautiverio de Roma á Alejandria, á Grenoble, á Savona, á Fontainebleau, Pio VII retracta noblemente en este punto su amenaza de

1805 : — el peligro es demasiado inminente, el adversario es demasiado formidable para que quiera oponerse abdicando. Demasiadas almas han flaqueado para que Pio VII quiera esponer su Iglesia al azar de una sucesion. Queda, soberano pontífice, preso.»

¿ Y qué es esta elocuencia académica comparada con aquella sublime y lacónica respuesta de Pio VII al general *Miols*, que le pedia la cesion del estado temporal que le dió la cristiandad toda entera victoriosa y propietaria, mucho antes que el hombre fuerte y la muger fuerte por escelencia, reunidos *ad hoc*, Carlo Magno y la condesa Matilde? « ¡ No puedo, no debo, no quiero !!! »

Sentado todo esto (¿ y qué es esto al lado de lo que pudiera añadirse?) se concibe y se admira la literal prevision de Lalande, que hemos citado : « A pesar de esto, un pontífice habil podrá siempre hacer un papel importantísimo en Europa por muchos títulos; su calidad siempre pacífica; la exacta neutralidad que se supone que observa entre todos los principes, cuyo padre comun es; su mismo brillo, como principe temporal de un estado considerable, y *que puede llegar á serlo mucho mas* con el auxilio de una buena administracion, la preeminencia que nadie le disputa, y que, en las negociaciones, corta todas las dificultades sobre clase y ceremonial, que entorpecen y aun malogran los negocios graves; en fin, el respeto hereditario que profesan las naciones á su nombre, y de que podria usar mas seguramente ahora que ya no está en el

caso de abusar de él, *todos estos títulos hacen que la corte del Papa debería ser el verdadero tribunal anfictionico de Europa*, el juzgado general de los negociadores, el centro comun en que se ajustarian todos los intereses de las potencias bajo su mediacion y su autoridad. Nadie la recusaria, si el pontífice fuera hábil é imparcial, nadie, ni aun tal vez los mismos principes protestantes, que no le aborrecen hoy como hace dos siglos : de modo que lo que ha perdido por un lado lo ha ganado por otro, siguiendo sus propios intereses, que consisten en avenir á todo el mundo, en evitar las guerras, y en mantener á los principes en paz. Una vez declarada la guerra, ya el Papa no puede influir en nada, no pudiendo, por su estado, tomar partido por ninguno, ni estando en posicion de alejar de su país las calamidades : es imposible que sobrevengan disturbios en el centro de la Italia, sin que padezcan sus estados, á pesar de su neutralidad : asi se vió en 1744. Por eso el Papa no ha intentado siquiera sostener con las armas sus pretensiones al ducado de Parma; siempre tenderá á conservar la paz en sus Estados y en los de sus vecinos, y, para esto, es para lo que podrian servir de un modo utilísimo para la Europa su caracter pontificio y su habilidad diplomática. »

El soberano pontífice reinante, Gregorio XVI, que, humilde y sabio camandulense, se abrió, sin saberlo, el camino para el solio pontificio, cuando publicó, treinta años antes de su eleccion, el año

mismo de la muerte de Pio VI, el último del siglo XVIII, siglo enemigo de la Iglesia, su libro tan bien ejecutado como titulado : *El triunfo de la santa Sede contra los ataques de los innovadores batidos con sus propias armas*, en 4º, en 8º, etc. Gregorio XVI, en fin, acaba de realizar la profecía filosófica de Lalande, en su *alocucion* de los idus de julio de 1839 : « El serenísimo rey de Prusia, como dotado de un alma muy elevada, comprenderá ademas sin dificultad cuan peligroso seria, aun para el orden civil, que los católicos de sus Estados fuesen escitados en gran número á menospreciar las reglas de la Iglesia, su madre, en una materia tan grave; porque, *acostumbrándose asi á la desobediencia, infringirian luego con mas facilidad las leyes civiles*. Por lo demas, en lo relativo á las cosas civiles, aunque nadie ha podido, á menos de una injusticia palmaria, dudar de nuestras intenciones, declaramos no obstante y protestamos nuevamente y en alta voz, que en este acto solemne no nos hemos propuesto otra cosa mas que defender los derechos de la religion y de la Iglesia, *sin querer entremeternos en lo mas minimo en los negocios civiles que son de competencia real*. Advertimos, pues, en virtud de nuestra autoridad apostólica, á todos los hijos de la Iglesia en el reino de la Prusia, y los conjuramos encarecidamente en el Señor que, en cuanto hemos dicho arriba sobre el matrimonio y sobre los deberes de los casados, y generalmente en cuanto respecta á la fe y á las

buenas costumbres y á quanto dispone la disciplina de los sacros cánones, se mantengan con sumision obedientes á la Iglesia, su madre, *que no se dejen arrastrar fuera de su comunión y de la fidelidad que le deben, por la esperanza de ninguna ventaja temporal ni por el temor de ningun perjuicio*; pero que, en las demas cosas que pertenecen á lo civil, obedezcan fielmente las órdenes del serenísimo rey, y *cierren completamente sus oídos á las falsas sugeriones de los hombres turbulentos que predicán la sedición*, y que vivan sumisos á Su Magestad, con arreglo á lo que dice el apostol san Pablo, *no solo á causa de la cólera, mas tambien á causa de la conciencia*. De esta suerte cumplirán los preceptos del divino principe de los pastores, que ha enseñado que se debe dar á Cesar lo que es de Cesar, y á Dios lo que es de Dios, y tapanán la boca á los que osan dudar de la fidelidad de los católicos á la magestad real. »

§ III.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS
CARDENALES DE LA IGLESIA ROMANA.

Son los cardenales las mas ilustres dignidades y los que ejercen mas altas funciones en la gerarquía eclesiástica, pues que son los únicos que tienen el privilegio inaudito de elegir los primeros soberanos del mundo, los soberanos pontífices, y de serlo.

La Historia demuestra que los cardenales, en general, fueron siempre, aun en los tiempos mas arduos y peores, entre todos los eclesiásticos y por consiguiente entre todos los individuos, los mas sabios, los mas virtuosos y los mas célebres juntamente de todos los hombres. No citaremos aquí, como hacemos siempre, mas que las grandes pruebas de esta triple verdad, porque estas pruebas suplen á todas las demas que envuelven y suponen esencialmente.

Obsérvese en primer lugar que la gran mayoría de los Papas, que todos fueron primeramente (bajo uno ó bajo otro nombre) cardenales, fueron todos